



REMINISCENCIAS DE UN SUEÑO

Era yo joven: acababa de terminar los estudios de la segunda enseñanza y en mi cabeza bullían en desordenado tropel las ideas que los enciclopédicos elementos adquiridos hacían brotar á cada instante.

Necesitaba proseguir estudios superiores.

Una muger morena, de rasgados ojos y negras pupilas había cautivado mi alma, ávida de un amor grande y profundo, desde que bien niño perdí á la madre cariñosa que con su amor formó mi espíritu y me enseñó á balbucear las primeras palabras.

Ya germinaba en mi organismo la santa idea de la familia; de esa divina sociedad por quien el hombre se sacrifica, por la que desea alcanzar larga vida y á la que todo se le concede al fin.

Una noche estudiaba en un libro de mecánica las máquinas de vapor, sus aparatos accesorios y manera de funcionar. Distruido con las demás ideas que embargaban mi mente, mi trabajo era poco fecundo; con frecuencia terminaba un período sin darme cuenta de su contenido; el tiempo pasaba, la vela esteárica se consumía, el sueño me embargó los sentidos, y dejé caer la cabeza entre las manos que cruzadas, coloqué sobre el libro abierto, para trasportarme á otra region mas ideal.

Entonces empecé á soñar; vi en el Supremo Hacedor al gran mecánico, al superior artífice, que al formar al primer hombre había llevado á cabo la máquina mas complicada y mas perfecta que concebir puede la limitada imaginación de los humanos seres. En las atrevidas elucubraciones de mi sueño vi en la muger, en ese ser delicado y hermoso, el verdadero motor que hace funcionar nuestra máquina, imprimiéndole un fecundo é incesante movimiento; yo comprendía que el hombre sin la esperanza de la posesión de una muger no multiplicaría su actividad en los términos que lo hace por ella y para ella, y que falto de tales fuerzas vendría sin remedio á caer en la mas estúpida inercia. ¿Pero la gran máquina social constituida por los Reyes de la creación podía marchar de un modo regular y ordenado? No; hacía falta otro aparato, el regulador de fuerza centrífuga y ahora en mis reminiscencias del sueño recuerdo que otorgué sus funciones á unos seres queridos que produce la unión de los sexos, á unos pedazos del alma que nunca se aman bastante y son los hijos.

Un momento detuve mi dormida imaginación y entré en las siguientes reflexiones: ¡Los hijos! ¡qué divina síntesis de dos seres que se aman con pasión! Ellos, con efecto, son reguladores de la santa máquina que constituye la unión conyugal: cuando el hombre obcecado y presa de pasiones indignas va á cometer un crimen, habladle de sus hijos y vereis detenerse en su carrera al que poco antes hubiera marchado á lo mas profundo del abismo; por pro-

porcionar á los hijos el bienestar posible, un padre se sacrifica hasta el heroísmo; por ellos acomete las mas atrevidas empresas, y así son los verdaderos reguladores de nuestros actos. ¿Y para la muger lo son tambien? Tales preguntas me hacía y aun soñando tambien las contestaba. Me afirmaba en creer que para la muger, aun regulan mas sus acciones que en el hombre: en éste entra mas la inteligencia, la reflexión; en aquella predominan mas los sentimientos del corazón: muchas mugeres sin hijos son frívolas; dadle uno y la vereis variar en absoluto su manera de ser: si antes amaba el andar de Ceca en Meca, observad como empieza á mirar con mas afecto el hogar doméstico para constituirse en el tipo ideal de la muger-esposa recogida y honesta que es el tipo de la mayor parte de los hombres que piensan con maduro juicio.

¿Podía ya la gran máquina, la divina máquina mejor dicho, que en sí constituye el hombre con sus aparatos accesorios de esposa é hijos, desempeñar el trabajo mecánico social y de continuo mejoramiento de su condición, con todo el efecto útil que el Supremo Hacedor tiene derecho á exigirnos? Sí; ya podía, pero el movimiento era desordenado: las pasiones, los gustos, la condición humana en general, desarrollan en el hombre fuerzas aceleratrices y retardatrices; la familia bien constituida debe desenvolverse al calor de un movimiento uniforme; entonces el Divino Artífice nos colocó el grande y pesado volante que en sus revoluciones múltiples nos imprimía la uniformidad apetecible: que regula el trabajo de nuestra actividad dándonos la noción del bien y del mal; entonces nos dió la conciencia, verdadero santuario del alma, y la máquina quedó perfecta.

¿Qué gloria, soñando aun añadía, cabe de originalidad para los grandes mecánicos, siquiera sean Arquímedes, Galileo, Kepler, Pascal, Newton, Fulton, Stephenson, etc. etc., si la familia bien constituida le ha proporcionado los elementos todos en que fundar é inspirar sus grandes inventos?

En tal momento desperté; la vela que me alumbraba se había consumido y mis párpados se abrieron en medio de la mas profunda oscuridad; parecía que tenía fiebre ante el cúmulo de ideas que habían embargado mi mente; á tientas y á fuerza de recoger mis pensamientos alcancé los fósforos; froté uno y al fin terminé por bendecir el nombre del sabio, ó mejor dicho, los de los sabios Brand, Runckorff, Gahn y Schele á los cuales debía en aquel instante salir de las tinieblas.

NOARIMA.

MÁLAGA

Yo comprendo que haya gentes á las que no le gusten las carreras de caballos; como comprendo que haya tambien gentes á quienes no le guste la música ó la pintura, porque de gustos no hay nada escrito.

Pero no comprendo que haya personas que no vayan á las carreras. No solamente son una distraccion, sino que son una distraccion agradable.

Verdad que los inteligentes sacan mas jago, por decirlo así, á la diversion; pero lo mismo sucede con todas las diversiones, y el aficionado goza mas en una corrida de toros que el que no lo es, sin que por esto el que no es aficionado deje de ir á ellas.

En Málaga, por desgracia, no hay aficion á nada.

Es decir, cada cosa cuenta con un pequeño número de aficionados, pero tan pequeño, que no es suficiente para que aquella cosa viva desahogadamente.

Y esto sucede con el teatro y con los toros y con la caza y con las regatas y con las carreras de caballos y con el tiro de pichon y con la lectura y con todo aquello que forma la distraccion ó amenidad de la vida.

Y por eso los empresarios de teatros y de toros pierden; y por eso las regatas y las carreras y el tiro de pichon y los patines y tantos otros ejercicios tan amenos como higiénicos, mueren por consuncion, sin lograr aclimatarse en Málaga, porque en Málaga no hay espíritu de provincialismo como en otras capitales, y de aquí que nos sea indiferente una cosa ú otra.

Sevilla, Cádiz, Jerez, Barcelona, sostienen mil aficiones por el buen nombre de la ciudad; para que se diga que allí existe aquello, porque aquello es bueno y es elegante.

Pero entre nosotros pasa todo lo contrario, y dejamos que un empresario se hunda sin que esto nos preocupe lo mas mínimo.

Mas si llega un dia en que Málaga carece de esto ó de lo otro, entonces nos reunimos en el Círculo ó en el café, y *despellejamos* sin piedad al que, pudiendo, no lo hace, sin recordar que cuando lo hacia le negábamos nuestro concurso y ayuda.

El empresario de toros perdió un dineral durante el año: el teatro de Cervantes está perdiendo; el Principal perderá seguramente, y las carreras de caballos se sostienen con grandes pérdidas; y se sostienen gracias á la decidida proteccion de tres ó cuatro aficionados.

Esta es Málaga, y esta seguirá siendo si Dios no lo remedia, porque en Málaga no hay amor propio local.

Una palabra á «El Museo».

Dice tan ameno semanario.

«La compañía es mala.

»La compañía es buena.

»Es caro pagar catorce rs. por la butaca.

»No es caro pagar catorce rs. por la butaca.

»¿En qué quedamos amigo Málaga?

»Decídase V. hombre!»

Decidido.

1.º La compañía es mala, porque todos los zarzueleros son malos cantantes.

2.º La compañía es buena, porque es de lo mejorcito que hay en zarzuela.

3.º Es caro pagar catorce reales porque no hay zarzuela que valga ese dinero.

Y 4.º No hemos dicho nunca que no sea caro pagar catorce reales, y desafiamos á «El Museo» á que nos pruebe ese aserto.

Con que...

Tambien he oido decir que en el teatro Principal costará catorce reales una butaca con entrada como precio diario.

Permítame la empresa que le dé un consejo: ese precio es mucho dinero para un teatro de provincia, y esa misma compañía en el teatro de la Alhambra, en Madrid, costaba solamente doce reales.

Hay que convencerse, señores, es menester abaratar los precios en Málaga, para llamar gente, porque cuesta mucho trabajo ganar un duro.

En Madrid, donde hay mucha aficion y mucho dinero, y sobre todo, muchas ganas de divertirse, solo dos teatros cuestan mas, el Real y la Zarzuela.

En provincias no conozco ninguno.

¿Qué se guarda entonces para cuando venga ópera?

GIBRALFARO.

LA MEJOR PLAZA

Cuando D. Alejandro Mon era ministro, se le presentó un joven paisano suyo, con una carta de recomendacion.

—Aquí me piden que le coloque á V. dijo el ministro.

—Si, señor, y espero que V. E...

—Usted, qué pretende?

—Yo, señor ministro, soy muy aficionado al canto y quisiera un destino filarmónico.

—Pero yo no puedo dar esa clase de destinos.

—Si V. E. me recomendara á la ópera...

—No puedo; pídamelo V. una cosa que esté en mis atribuciones; algo en esta dependencia.

—Imposible: yo soy muy filarmónico.

Y el joven se marchó.

Al llegar á la escalera oye que le llama el portero.

—Es á mí?

—Sí, señor; S. E. le llama.

Volvió á entrar el asturiano, creyendo que el ministro habria logrado encontrarle acomodo á su gusto.

—He reflexionado, dijo don Alejandro, y en vista de su aficion al canto...

—V. E. es tan bueno!

—Vamos á ver, le gustaria á V. una plaza de sereno?

El joven aceptó.

Si conoceria D. Alejandro á su gente.

PEPIN.

UN LANCE



—Si no llevara V. la cola tan larga.....

—Si no fuera V. tan arrimado á la cola.....

DIPLOMACIA



EL LOBO.—Enrique bueno?

EL MANCO.—Perfectamente. ¿Y los niños?

EL LOBO.—Inmejorables, Lepanto!

Á LA CIENCIA

ODA

A mi querido y respetable amigo D. Diego de Lara y Valle.

Acude inspiracion! Abre el tesoro
de tus vastos raudales de armonia
y haz que el arpa inmortal del alto coro,
con sábia maestria,
alce al vibrante son mi fantasia.
Y tú, grato Helicon, rompe á las ondas
del claro manantial los duros lazos,
y confundidos en el mismo lecho
los apartados brazos
robustos de Hipocrene y Aganipe,
corra hasta mí la cristalina fuente
de que el Pindo se llena,
y pueda yo sentir dentro del pecho
el dulce influjo de tu docta vena.

No siempre pasan, no, los largos años
á los antros oscuros del olvido.
El rio que ha corrido
los surcos que se abrió en la madre tierra,
antes de ir á las confusas mares
deja los frutos que su seno encierra.
Así, tambien, los siglos van rodando
por los anchos espacios de la Historia,
su paso señalando
con el alto jalon de un grande ejemplo
que al mundo sirva de eternal memoria.

Képler, Garay, Guttemberg divino,
Tomás, Newton, el águila de Hipona,
Galileo, Colon! Todos ciñeron
la augusta frente con la gran corona
de la inmortalidad! Ellos sintieron
el sacro fuego, la ardorosa llama
que los pechos inflama
y alumbró de los genios el camino;
ellos supieron por diversos modos
la ciencia penetrar, y su mirada
y profunda atencion resolver pudo
el oscuro problema. Todos, todos
gemir hicieron en la edad pasada
la estúpida ignorancia, y las cadenas
que sugetaban el saber, rompieron
con su génio fecundo,
haciendo que al fulgor de tanta gloria
mudo de asombro se prosterne el mundo.

Todo lo estudia el hombre,
y ya encendida en él la inteligencia
por los claros reflejos de la ciencia,
alza la vista audaz, la tiende al cielo,
y desgarrando el velo
sutil, que á otros oculta los fulgores
de los altos confines,
con mirada certera
bebe rayos de luz, su afan constante
se baña en los etéreos resplandores,
y traza en signos la celeste esfera
y al mundo en cifras dá su pensamiento,
á la par que con letras de diamante
graba la Fama su preclaro nombre
en la bóveda azul del firmamento.

O ya revuelve la maciza entraña

y los pródigos senos de la tierra,
y en la áspera montaña
como en la selva humbrosa,
desde el helado polo
hasta la faja ardiente,
busca incesante el mineral que encierra,
y rastrea el Pirene diligente,
y corre desde el Atlas al Moncayo,
y al fin alcanza que á su voz potente
surja el metal con que aprisiona el rayo.

O ya tiende la vista poderosa,
y abarcando lejanos horizontes,
«salvarlos, dice, quiere mi deseo»
y salta simas y traspasa montes,
rompiendo los eternos pedernales,
y fija en toda la estension abierta
los herrados canales
que dan la ruta cierta
al poderoso carro
que con silbantes ecos,
corre veloz por los oscuros huecos.

O presiente los seres ignorados
que allá en su mente concibiera un día,
y en creciente porfía,
que aguija su deseo,
busca en el limo, que en su afan revuelve,
mas los seres no vé. Lucha terrible!
Pero á estudiarlo, investigando, vuelve,
y vence al fin la ciencia el imposible,
que acude presurosa
al ardiente crisol y talla al punto
la lente poderosa
que los mínimos seres agiganta,
y el mundo agradecido
la ciencia aplaude y su ventura canta.

O cruza el mundo con sutiles mallas
de adelgazados hierros
que tiende por los senos de Atalante,
y á las lejanas playas
de la joven América, conduce
la culta frase de la vieja Europa,
en el preciso instante
que el lábio la produjo. Oh que contento!
Un paso mas de libertad felice!
La tierra se estremece de alegría
y la herrojada humanidad bendice
el memorable día
y al hombre ilustre que redime al hombre!
Admirable portento
con que otro insigne hispano
sella la fama y esclarece el nombre
del siempre docto pueblo castellano.

Cómo el paso atajar? A quien le es dado
detener la terrible catarata
si una vez se arrebata,
y sábanas de espumas
que levanta en redor espesas brumas,
al espacio vacío
con rugido valiente
veloz se lanza en espantosa nube?
Tal es el poderio,
así el himno que sube
de la ciencia en loor; todo es en vano
si el curso á detener del pensamiento
la ignorancia se atreve. Inútil lucha,
que así como el torrente ocupa el llano
con paso magestuoso,
despues que impetuoso

retumbando bajó por la alta sierra,
así marcha el saber, y en su camino
los mas graves obstáculos atierra

No, la ciencia no puede ser vencida
porque es luz que dimana del Eterno,
y á la potente egida,
del ángel de la vida

los furores no alcanzan del Infierno.
¿Veis esos mundos sin cesar surcando,
con rumbo fijo que jamás se altera,
toda la ancha region del vago viento?

El les imprime el fijo movimiento,
marcando á cada esfera

las vias que su arbitrio soberano
señalára una vez; su augusta mano
rige solo tan grandes maravillas;

El dá forma y olores
á las pintadas flores,
el balido á las mansas ovejillas
y el dulce trino á las canoras aves;

El dá tonos suaves
al céfiro que mueve la enramada,
y borrascas al mar; fruto á la tierra;

El á la horrible tempestad que aterra,
dá el poderoso aliento:

y anima el ronco acento
del trueno que retumba en el espacio;

El desgarrar los cráteres del cielo
y presta al rayo su encendido vuelo;

y en las oscuras grutas,
morada estrecha de las fieras brutas,
en los tendidos lechos

del escondido pez, y en la cabaña
del sencillo pastor, como el que adornan

mármoles y oro y decorados techos,
de algun rico magnate alto palacio,

do quiera que la vida se presiente,
en todo tiene su presencia, y deja

de su inmenso poder signo evidente.
El és la ciencia, El és! Su eterna esencia

flotando en nubes de diamante y oro,
acude á la indigencia

de la mente mortal, le abre el tesoro
del saber, y con haces de luz pura

alumbra la razon de los humanos,
presentando á su vista turbia, oscura,

los ocultos arcanos
que su poder y su bondad pregonan

y los afanes del saber coronan.

REMO.

Octubre, 1878.

SE ESPLICA

Hallándose un dia en Florencia el maestro Verdi, se encontró con el empresario de aquel teatro en una calle tranquila y silenciosa. Estaban hablando junto á una ventana por la que salian los acordes de un piano en el cual alguna mano oculta tocaba el brándis de la *Traviatta*, pero con tanta calma, que el amigo del maestro perdía la suya, y se consumía por dentro sin prestar atencion á lo que le decía su interlocutor.

A la entrada del *allegro* seguía sonando el piano con la misma calma y despacio, y no pudiendo el hombre contenerse por mas tiempo, se acercó á

la ventana, y gritó con todas sus fuerzas, mientras golpeaba rudamente los cristales:

—*Piu presto, prestissimo, figlia dei diavoli, che t'ascolta l'ottore.*

PEPIN.

A.....

SONETO

Pide, Lesbia, que el *globo de topacio*
que del éter azul se enseñorea,
nos retire la lumbre con que crea
los infinitos séres del espacio.

Pídele al rayo caminar despacio,
píde á la mente denegar la idea,
píde al magnate visitar la aldea,
píde al pastor que viva en el palacio.

Píde tú que sus aguas vuelva el rio,
que el ruiseñor no cante en la espesura,
que la vida se funda en el vacío;

Mas no me pidas, no, porque es locura,
que ceda de tu amor el pecho mío,
que deje de imantarme tu hermosura!

José Jurado de Parra.

Baeza—1878.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

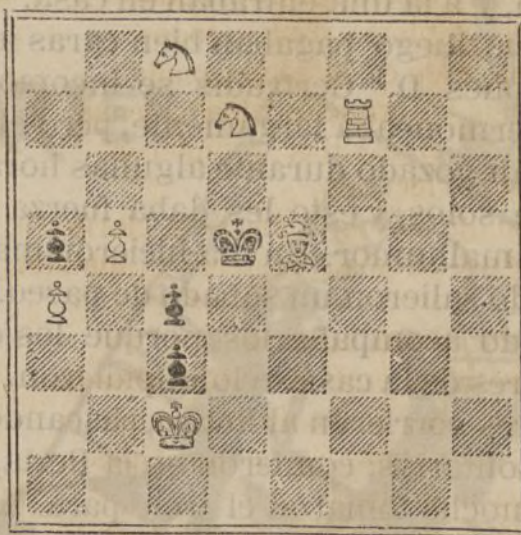
SORPRESA.

AJEDRÉZ

Problema número 12.

Por Mr. J. Pierce, de Londres.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 11.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-C5AR

1-ad libitum.

2-mate.

NOTA.—En este problema, la Torre blanca colocada en 3 D debe ser negra.

TRES ERAN, TRES...

BORRON Á LA PLUMA

POR C.

(Continuación)

Hubo un momento en que D. Modesto quiso insubordinarse contra la tiranía suegril, pero Eufrosia le dijo, entre un beso y un suspiro:

—Si es mi madre!

D. Modesto, que era bueno, cedió; y el vigésimo día entraban en Madrid. D.^a Gertrudis que los esperaba en la estación, les tuvo el siguiente recibimiento:

—Gracias á Dios que han venido ustedes, y metiéndose en un coche, los dejó que allá se las arreglasen como pudieran con los equipages.

CAPÍTULO V.

:Consumatum est:

No había escape: la suerte estaba jugada, y ambas ovejas pertenecían de hecho y de derecho al lobo carnívoro. D.^a Gertrudis tronaba como Júpiter en su Olimpo, y no había manera de resistirse.

D. Modesto, que no había sido joven nunca, encontró manera de serlo á los cuarenta y cinco años. De acuerdo con su esposa se levantaban á veces con el ser del día, y como dos chiquillos corrían á gozar de las brisas matinales, bien en las alamedas de la Casa de Campo, bien en el estanque del Retiro, echando pan á los patos. Otras veces, y convenidos de antemano, salía primero D. Modesto, y á un descuido de su madre, se escapaba Eufrosia, y entonces aquel día era día de fiesta. Comían en la fonda, iban al teatro, tomaban chocolate en la Iberia ó el Suizo, y á la una entraban en casa.

Verdad que luego pagaban bien caras estas escapadillas, pues D.^a Gertrudis se incomodaba de veras y los sermoneaba largamente, pero ellos eran felices, habían gozado durante algunas horas la dicha de verse solos, y esto les daba fuerza para soportar tanto malhumor. Un día hicieron mas: puestos de acuerdo salieron un sábado de paseo. D.^a Gertrudis no pudo acompañarlos porque los cotidianos quehaceres de la casa se lo impidieron. Cuando se vieron libres corrieron al Retiro, paseando por los sitios mas solitarios; comieron en la Perla, y á las nueve de la noche tomaron el tren para Aranjuez, con propósito de pasar allí el domingo.

Pintar su felicidad, describir su dicha y entusiasmo, es asunto superior á mis fuerzas: solamente los que han tenido la de conocer la luna de miel y de disfrutarla, podrán conocer la expansión de aquellos dos seres, que se amaban y se comprendían. Ambos habían vivido víctimas del destino, y ambos al unirse en el santo lazo, gustaron por primera vez la fortuna de amar y de ser amados. Y si bien no eran independientes, el día que obraban á su antojo y fantasía, era una fecha memorable, que

quedaba grabada en sus almas, nobles y sencillas, con caracteres indelebles.

Eufrosia no había sido feliz nunca: el génio acre y avasallador de D.^a Gertrudis la había tiranizado, y una vez que le regalaron un canario se lo comió el gato.

D. Modesto había sido víctima en su niñez de una madrastra, en su juventud de la disciplina militar, y mas tarde, cuando ya no tenía á quien obedecer, fué víctima de su ama de gobierno. Había nacido para la obediencia como otros para el mando. De ahí que D.^a Gertrudis dispusiera de él como de cosa propia, y de ahí que le hubiera faltado el valor para renunciar á la boda cuando su suegra lo impedía á ella á tambor batiente.

Por eso ambos esposos se amaban tan entrañablemente: se amaban por amor y por gratitud; porque los dos querían sacrificarse el uno por el otro, y propusieron en secreto eclipsarse mutuamente para hacer al otro feliz.

Ya he dicho que renunció á describir el día que pasaron en Aranjuez, primero porque carezco de ingenio suficiente para pintar de una manera exacta tanta felicidad; segundo, porque os causaría envidia, amados lectores, y la boca se os haría agua.

El lunes á las diez y media de la mañana, cuando entraron en su casa, estuvieron en riesgo inminente de perecer á manos de D.^a Gertrudis: jamás muger alguna llegó á tal grado de furor, y en su paroxismo solo articulaba palabras sueltas, entre las que se percibían estas de cuando en cuando: «si al menos me hubieran llevado... no contar conmigo... esto es una infamia... ellos me la pagarán... etc., etc.

D. Modesto y Eufrosia, sentados en un gabinete, sufrían en silencio y con resignación la tormenta: de cuando en cuando un apretón de manos ó una mirada les indemnizaba del mal rato que estaban pasando; de algo había de servirles el gran acopio de felicidad que hicieron el día anterior.

Pero llegó la hora de almorzar y D.^a Gertrudis no tenía nada preparado. D. Modesto se hubiera ido de buena gana al café á tomar un bocado, pero no quería dejar á su muger sola con su madre. Llegó la hora de comer y D.^a Gertrudis tampoco tenía nada preparado: aquel día no se encendió el fogón.

Haciéndose gran violencia, y adoptando su mas amable sonrisa y su tono de voz mas dulce, aprovechó D. Modesto un momento en que su suegra entró en el gabinete, y le dijo:

—Vamos, mamá; comemos hoy?

—No, señor; gritó D.^a Gertrudis con voz ronca por la cólera. Donde pasaron ustedes el día de ayer pueden irse á comer hoy.

D. Modesto se quedó mas frío que un rábano.

—Esto no es ninguna casa de huéspedes, siguió diciendo la vieja.

El ex-carabiniere no sabía qué partido tomar: su primer pensamiento fué tirar á D.^a Gertrudis por el balcón, pero la presencia de su esposa le contuvo.

—Y diga V., señora, dijo conteniéndose á duras penas; no estoy acaso en mi casa?

—No, señor; esta no es su casa. V. es un viandante y su muger una viandanta.

(Continuará)